

Y desde allí con lenguas injuriosas,
A falta de las manos, se ofendian
Diciéndose palabras afrentosas,
La muerte con rigor se prometian;
Y á vueltas desto flechas peligrosas
Los enemigos arcos despedian;
Que aunque el aliento y fuerzas les faltaba
El rabioso rencor las arrojaba.

Yo no sé de cuál brazo descansado
Una flecha con ímpetu saliendo,
A manera de rayo arrebatado,
El aire con rumor iba rompiendo;
Tocó en soslayo á Córdoba en un lado,
Y la furiosa punta no prendiendo,
Torció á Morán el curso, y encarnada
Por el ojo derecho abrió la entrada.

El buen Morán con mano cruda y fuerte
Sacó la flecha y ojo en ella asido,
Gonzalo al duro paso de la muerte
Le apercibe y esfuerzo condolido;
Pero Morán gritó: «No estoy de suerte
Que me sienta de esfuerzo enflaquecido,
Que solo así herido soy bastante
A vencer cuantos veis que están delante.»

Pica el caballo temerariamente,
Que galopar no puede de cansado,
Contra todo aquel número de gente
Que en escuadron estaba reformado;
Pero Gonzalo Hernandez diligente
Se le puso delante acelerado,
Que ya Lincoya al paso le salia,
Y al puesto aunque por fuerza lo volvía.

Con grande alarde, estruendo y movimiento
Sobre la cumbre de una verde loma,
Tendidas las banderas por el viento,
Lautaro con la presta gente asoma.
Como cuando de lejos el hambriento
Leon viendo la presa placer toma,
Y mira acá y allá feroz rugiendo
El vedijoso cuello sacudiendo;

Lautaro así veloz por un repecho
Bajaba enderezando á los de España,
Pensando él solo dar fin á aquel hecho
Si no le desamparan la campaña:
Delante de su gente va gran trecho,
Digna es de celebrarse tal hazaña,
Solos catorce esperan, hechos piezas,
Rotos los brazos, piernas y cabezas.

Cuatro mil sobrevienen vitoriosos;
Apiñados los nuestros los esperan
No de ver tanta gente temerosos,
Porque aun morir con mas honor quisieran.
Los fieros enemigos orgullosos
En alta voz gritaban: «mueran, mueran;»
Y el lincoyano ejército animado
Tambien acometió por otro lado.

Lanzaron los caballos los cristianos
Batiendo bien de espacio el hueco suelo
Contra los descansados araucanos,
Que fieros amenazan tierra y cielo:
Vienen con tardos piés á prestas manos;
Y del primer encuentro hecho un hielo
Pero Niño tocó la blanca arena,
Bañándola de sangre en larga vena.

Atravesóle el cuerpo la herida;
Aunque en atribuirle hay desconcierto:
Unos dicen que Angol fué el homicida,
Otros que Leocoton, y esto es mas cierto;
Cualquier dellos que fué, de gran caída
Pero Niño que lo en el campo muerto,
Con un trozo de pica atravesado,
Donde fué del tropel despedazado.

Tambien el de Manrique volteando
A los piés de Lautaro muerto vino:
Rompen los otros doce enderezando
Por las espesas armas al camino;
Pero Ongolmo los piés apresurando
De un golpe derribó fuera de tino
A Nereda, que en guerras era esperto,
Cortés de muy herido cayó muerto.

Tras él al suelo fué Diego García,
De una llaga mortal abierto el pecho,
De otro golpe Escalona se tendía,
Que Tucapel le acierta por derecho:
Los demás españoles en la vía
(Considere quien ya se vió en estrecho)
Con cuánta priesa baten las ijadas
De los lasos caballos desangradas.

El fiero Tucapel haciendo guerra
A todos con audacia los asalta,
Y en viendo que estos dos baten la tierra,
Gallardo por encima dellos salta:
Topa á Almagro, y con él lijero cierra
En los piés levantado y la maza alta,
Que sobre él derribándola venía
Con toda la pujanza que tenía.

O fué mal tiento, ó furia que llevaba,
O que el sumo Señor quiso librallo,
Que el tiro á la cabeza señalaba,
Y á dar vino en las ancas del caballo;
Con tanta fuerza el golpe le cargaba
Que Almagro mas no pudo meneallo,
Quedando derrengado de manera
Que si fuera de masa ó blanda cera.

Almagro con presteza por un lado
Viendo el caballo cojo se derriba,
Ora fué su ventura y diestro hado,
Ora siniestro del que tras él iba,
El cual era el valiente Maldonado
Que envuelto en sangre y polvo al punto arriba,
Que el golpe secundaba Tucapelo,
Y por poco con él diera en el suelo.

Con el jinete estribo en el derecho
Lado al bárbaro encuentra de pasada,
Y cuanto cinco pasos, ó mas trecho,
Lo lleva acia adelante por la estrada:
Brama el bárbaro ardiendo de despecho,
Vibora no se vió mas enconada,
Ni pisado escorpion vuelve tan presto
Como el indio volvió el airado gesto.

Muda el intento, muda la sentencia,
Que contra Juan de Almagro dado había,
Y la furiosa maza é impaciencia
Al triste Maldonado revolvía:
Cala un golpe con toda su potencia,
Mas el presto caballo se desvía;
Tucapel de furioso el tiro yerra,
Y el ferrado troncon metió por tierra.

No escapó Maldonado de la muerte;
Que al punto llega el bravo Lemolemo
Con un largo baston ñudoso y fuerte
A manera de corvo y grueso remo;
Y un golpe le señala de tal suerte,
Que no le erró el ferrado y duro extremo,
Ni celada prestó de estofa llena,
Que los sesos saltaron por la arena.

En esto, una gran nube tenebrosa
El aire y cielo súbito turbando,
Con una escuridad triste y medrosa
Del sol la luz escasa fué ocupando:
Salta Aquilon con furia procelosa
Los árboles y plantas inclinando,
Envuelto en raras gotas de agua gruesas
Que luego descargaron mas espesas.

Como el diestro atambor que apercibiendo
Al duro asalto y fiera batería,
Va con los tardos golpes previniendo
La presta y animosa compañía,
Pero el punto y señal última oyendo
Suena la horrenda y áspera armonía;
Así el negro nublado turbulento
Lanza un diluvio súbito y violento.

En escura tiniebla el cielo vuelto
La furiosa tormenta se esforzaba
Agua, piedras y rayos todo envuelto
En espesos relámpagos lanzaba:
El araucano ejército revuelto
Por acá y por allá se derramaba;
Crece la tempestad horrenda tanto
Que á los más esforzados puso espanto.

De Juan Gomez la próspera ventura
Hizo que al punto el cielo se cerrase,
Y la tiniebla de la noche oscura
Gran rato en su favor se anticipase:
Turbado se metió en una espesura
Hasta tanto que el impetu pasase
De aquella gente bárbara furiosa,
De la española sangre codiciosa.

Cuando vió en su violencia el torbellino,
Y que él podía salir mas encubierto,
El bosque deja y toma su camino,
Que el temor se le muestra bien abierto:
Cayendo y levantando al cabo vino
De sangre, lodo y de sudor cubierto,
Junto donde los nuestros esperaban
Si las furiosas aguas aplacaban.

Estaban del camino desviados
Y uno de los caballos relinchando
El español con pasos sosegados
Al alegre rumor se fué acercando:
Llegó donde los seis amedrentados
Con baja voz estaban dél tratando,
Y en aquella sazón se les presenta
Dándoles del suceso entera cuenta.

Con espanto fué luego conocido,
Que entre ellos ya por muerto se tenía,
Y cada uno de lástima movido
A morir en su ayuda se ofrecía:
Mas él, como animoso y entendido,
Viendo que aprovechar no le podía,
Dice: «de mí, señores, nadie cure,
La vida el que pudiere la asegure.»

Esto no dijo bien, cuando esforzado
Por el bosque tomó una senda incierta,
Y aquella más usada deja á un lado
De gente y pueblos bárbaros cubierta:
Otro trance mayor le está guardado;
Pero pues hay de Chile historia cierta,
Allí lo podrá ver el que quisiere,
Si gana de saberlo le viniere.

El coronista Estrella escribe al justo
De Chile y del Pirú en latin la historia,
Con tanta erudición, que será justo
Que dure eternamente su memoria;
Y la vida de Carlos quinto augusto,
Y en verso los encomios y la gloria
De varones ilustres en milicia,
Gobernacion, en letras y justicia.

Vuelvo á los seis guerreros que sintiendo
La desgracia de Almagro, lo mostraban;
Pero ayudalle en ella no pudiendo
A la Imperial ciudad enderezaban;
La tempestad furiosa iba creciendo,
Relámpagos y truenos no cesaban
Hasta que salió el sol, y el claro día
La plaza de Purén les descubria.

Era un castillo, el cual con poca gente
Le habia Juan Gomez antes sustentado
Hallándose una noche de repente
De multitud de bárbaros cercado:
Repelidos al fin gallardamente,
Fué por su industria el cerco levantado:
No escribo esta batalla, aunque famosa,
Por no tardarme tanto en cada cosa.

Allí los seis guerreros arribados
Fueron con tierna muestra recibidos
De los caros amigos, admirados
De verlos á tal término traídos,
Miseros, affigidos, demudados,
Flacos, roncós, deshechos, consumidos,
Corriendo sangre y lodo, sin celadas,
Las armas con las carnes destrozadas.

Casi veinticuatro horas sustentaron
Las armas defendiendo su partido,
Que nunca en este tiempo descansaron
Haciendo lo que habeis, señor, oido:
Un rato en el castillo reposaron
Del cual la noche atrás habian salido,
No con poco temor de los de casa,
Y mas cuando supieron lo que pasa.

La sangre les cuajó un temor helado,
Gran turbacion les puso á todos cuando
El caso de Valdivia desastrado
Les fueron por sus términos narrando:
Y así, viendo el castillo mal parado,
De consejo comun considerando
La pujanza que el bárbaro traia,
Le dejaron desierto el mismo día.

Acia Gautén tomaron la jornada
Llevando á Almagro acaso de camino,
Que por venir la noche tan cerrada
Libre salió del campo lautarino:
La fuerza fué por tierra derribada,
Que luego el enemigo pueblo vino
Talandó municiones y comidas
Que en el castillo estaban recogidas.

Dieron vuelta los bárbaros gozosos
Acia donde su ejército venia,
Retumbando en los montes cavernosos
El alegre rumor y vocería;
Y por aquellos prados espaciosos
Con la vitoria y gozo de aquel día
Tales cantos y juegos inventaban,
Que el cansancio con ellos engañaban.

Juntos, el general con grave muestra
Les habla y los recibe alegremente,
Y asiendo blandamente de la diestra
Al valiente Lautaro, su teniente,
Una escuadra le entrega de maestra,
Escogida, gallarda y buena gente,
En armas y trabajo ejercitada
Para cualquier empresa y gran jornada.

A Lautaro dejemos pues en esto,
Que mucho su proceso me detiene,
Forzoso á tratar dél volveré presto,
Que llegar hasta Penco me conviene;
Pues hace tanto á nuestro presupuesto
Decir cómo á la guerra se previene
Que sangrienta y mortal se aparejaba,
Y el justo sentimiento que mostraba.

TOMO I

Ya la fama, lijera embajadora
De tristes nuevas y de grandes males,
A Penco atormentaba de hora en hora,
Esforzando su voz ruines señales:
Cuando llegan los indios á deshora,
Los dos que ya conté que en los jarales,
Viendo á Valdivia roto, se escondieron,
Y estos el triste caso refirieron.

Por mensajeros ciertos entendiendo
El duro y desdichado acaecimiento,
Viejos, mujeres, niños concurriendo
Se forma un triste y general lamento:
El cielo con aguda voz rompiendo
Hinchen de tristes lástimas el viento:
Nuevas viudas, huérfanas, doncellas,
Era una dolorosa cosa vellas.

Los blancos rostros mas que flores bellos
Eran de crudos puños ofendidos,
Y manojos dorados de cabellos
Andaban por los suelos esparcidos:
Vieran pechos de nieve y tersos cuellos
De sangre y vivas lágrimas teñidos,
Y rotos por mil partes y arrojados
Ricos vestidos, joyas y tocados.

No con menor estruendo los varones
De la edad mas robusta juntamente
Daban de su dolor demostraciones,
Pero con otro modo diferente:
Suenan las armas, suenan municiones,
Suena el nuevo aparato de la gente,
Y la ronca trompeta del dios Marte
A guerra incita ya por toda parte.

Unos botas espadas afilaban,
Otros petos mohosos enlucian,
Otros las viejas cotas remallaban,
Hierros otros en astas enjerian.
Cañones reforzados apuntaban,
Al viento las banderas descogian,
Y en alardosa muestra los soldados
Iban por todas partes ocupados.

Caudillo era y cabeza de la gente
Francisco Villagrán, varon tenido
Por sabio en la milicia y suficiente,
Con suma diligencia prevenido:
De Pedro de Valdivia fué teniente,
Despues de su persona obedecido,
Sentido del suceso y caso fuerte
Brama por la venganza de su muerte.

Las mujeres de nuevos alaridos
Hieren el alto cóncavo del cielo,
Viendo al peligro puestos los maridos,
Y ellas en tal trabajo y desconsuelo:
Con lágrimosos ojos y gemidos
Echadas de rodillas por el suelo
Les ponen los hijuelos por delante:
Pero cosa á moverlos no es bastante.

Ya de lo necesario aparejados
En demanda del bárbaro salian,
De arneses lucidísimos armados,
Que vistosos de lejos parecian:
Las mujeres por torres y tejados
Con fijos ojos tiernos los seguian,
Y echándoles de allí mil bendiciones
Vuelven á Dios el ruego y peticiones.

Del tropel se despiden ciudadano,
Que del pueblo saliera á acompañallos,
Y en busca del ejército araucano
Pican á toda priesa los caballos:
Dejan á la siniestra á Mareguano,
Y á la diestra de Talca los vasallos,
Hijo de Talcaguano, que su tierra
La ciñe casi en torno el mar y sierra.

De los seguros límites pasando
Pisan de Andalicán la enjuta arena,
Y el espacioso llano atravesando
Suben las lomas, y rumor no suena;
Y al pié del cerco andálico llegando,
Sin entender lo que Lautaro ordena,
Sólo el miedo de entrar por el estado
Les mitigó el furor demasiado.

Un paso peligroso, agrio y estrecho
De la banda del norte está á la entrada,
Por un monte asperísimo y derecho
La cumbre hasta los cielos levantada:
Está tras este un llano poco trecho,
Y luego otra menor cuesta tajada,
Que divide el distrito andalicano
Del fértil valle y límite araucano.

Esta cuesta Lautaro habia elegido
Para dar la batalla, y por concierto
Tenia todo su ejército tendido
En lo mas alto della y descubierto:
Viendo que á pié en lo llano es mal partido
Seguir á los caballos campo abierto,
El alto y primer cerro deja exento
Pensando allí alcanzarlos por aliento.

Porque se tome bien del sitio el tino
Quiero aquí figurarle por entero:
La subida no es mala del camino,
Mas todo lo demás despeñadero;
Tiene al poniente al bravo mar vecino,
Que bate al pié de un gran derrumbadero,
Y en la cumbre y mas alto de la cuesta
Se allana cuanto un tiro de ballesta.

Estaba el alto cerro coronado
Del poderoso ejército enemigo,
Y el camino al entrar desocupado,
Sin defensa ni estorbo, como digo:
Pasando el primer monte habia llegado
Al pié deste segundo el bando amigo;
Pero aquí Villagrán confuso estuvo,
Que el peligroso trance le detuvo.

Como el romano César, que dudoso
El pié en el Rubicon fijó á la entrada
Pensando allí de nuevo el peligroso
Hecho que acometia y gran jornada,
Al fin soltó las riendas animoso,
Diciendo: «Sús, la suerte ya es echada;»
Así nuestro español rompió el camino,
Dando libre la rienda á su destino.

Apenas el primer paso habia dado,
Cuando luego tras él osadamente,
Por el fragoso monte levantado,
Alegre comenzó á subir la gente:
Lautaro, sin moverse, arrinconado,
Franca les da la entrada llanamente;
Diez mil hombres gobierna, gente usada
En el duro ejercicio de la espada.

Tenia su campo en torno de la cuesta,
Y mandado que nadie se moviese
Un paso á comenzar la dura fiesta
Hasta que el son de arremeter se oyese,
Con una irremisible pena puesta
Para aquel que del término saliese;
Que estaban así quedos y callados,
Cual si fueran en mármoles mudados.

Pues la española gente deseando
Ejercitar la vencedora diestra,
Se va á los enemigos acercando
Por la banda del bárbaro siniestra:
Lautaro, al puesto término llegando,
Presenta la batalla en bella muestra
Con gran rumor de bárbaras trompetas,
Atambores, bocinas y cornetas.

Paréceme, señor, que será justo
Dar fin al largo canto en este paso,
Porque el deseo del otro mueva el gusto,
Y porque de cantar me siento laso:
Suplícoos que el tardar no os dé disgusto
Pareciéndoos que voy tan paso á paso,
Que aun de gentes agravio una gran suma
Atento á no llevar prolija pluma.

